



# Darles un futuro a los niños

**Peter Adamson**  
*Redactor, Estado Mundial de la Infancia*

La Cumbre Mundial en favor de la Infancia se celebra en un momento en que el mundo se esfuerza por liberarse de 50 años de preocupaciones creadas por la guerra fría. Si este avance continúa, los recursos liberados podrían abrir nuevas perspectivas para el progreso humano. Por el momento, los gastos militares superan los ingresos anuales conjuntos de la mitad más pobre de la humanidad; la reasignación de incluso un 5% o un 10% de estas enormes sumas sería suficiente para acelerar el avance hacia un mundo en el que estuvieran satisfechas las necesidades humanas básicas de todos.

Por supuesto, los retos son numerosos. Pero junto a las grandes cuestiones ambientales y sociales, e inseparablemente ligadas a ellas, permanece la reclamación más profunda de 1.000 millones de personas, un quinto de la humanidad, que todavía carece de alimentación adecuada, agua potable, educación elemental y atención básica de salud.

El UNICEF tiene un interés particular en manifestar que las necesidades de la infancia, y especialmente de aquellos millones de niños que todavía mueren y sobreviven en condiciones de desnutrición y mala salud cuando el siglo XX se aproxima a su final, debería tener la máxima prioridad a la hora de asignar los nuevos recursos que podrían liberarse en un mundo más pacífico y menos pavoroso.

La dimensión moral de este argumento resulta ya familiar. La mayor condena que puede hacerse a nuestro tiempo es que un cuarto de millón de niños siga todavía muriendo cada semana como consecuencia de la desnutrición y de enfermedades fácilmente prevenibles. Cada día, el sarampión, la tosferina y el tétanos, enfermedades evitables con vacunas poco costosas, causan la muerte de 8.000 niños. Cada día, la deshidratación diarreica, que puede prevenirse prácticamente sin gasto alguno, mata a casi 7.000 niños. Cada día, la neumonía, que puede tratarse con antibióticos poco costosos, mata a más de 6.000 niños.

Cada una de estas muertes representa la muerte de un niño que tenía su propia personalidad y capacidad potencial, una familia y un futuro. Y por cada niño que muere, otros más sobreviven en medio de la desnutrición y de la mala salud y, por tanto, se ven incapacitados para desarrollar plenamente la capacidad física y mental con que nacieron. Tal escala de mortalidad y sufrimiento ya no es inevitable y, por tanto, ha dejado de ser aceptable. La ética debe avanzar a la par con la nueva capacidad.

Pero como suele suceder, los argumentos éticos son en última instancia inseparables de los de orden práctico. La desnutrición se traduce en retrasos del desarrollo físico y mental, un bajo rendimiento escolar y laboral y en la perpetuación de la pobreza, una generación tras otra. Una alta mortalidad infantil lleva aparejada una alta natalidad y un crecimiento demográfico rápido. La falta de instrucción impide contribuir plenamente al desarrollo de la propia

## Darles un futuro a los niños

comunidad y beneficiarse de los frutos del mismo. Las injusticias firmemente arraigadas y la ostentación de riquezas inalcanzables ante la mirada de los pobres provocan inestabilidad y violencia que a menudo adquieren vida propia. Por último, resulta evidente la dificultad de compatibilizar la sensibilidad ecológica con la privación extrema, que obliga a millones de personas a sobreexplotar su medio ambiente en aras de la supervivencia.

En consecuencia, la realización de un gran esfuerzo renovador encaminado a proteger la vida y el desarrollo de la infancia, y acabar con los peores aspectos de la pobreza, representaría la más importante inversión a largo plazo que puede hacer la especie humana en favor de su futura prosperidad económica, estabilidad política e integridad ecológica.

Este es el marco mundial en el que va a celebrarse la reunión singular convocada por las Naciones Unidas en Nueva York, el 30 de septiembre de 1990. Por primera vez, presidentes y primeros ministros de todas las regiones del mundo, se reunirán para discutir sobre la situación de la infancia. La agenda de la reunión contiene un amplio abanico de oportunidades accesibles y factibles cuya puesta en práctica puede producir mejoras drásticas en las condiciones de vida de la nueva generación, en materia de supervivencia y bienestar, de nutrición y crecimiento normal, de salud y educación, de derechos y de perspectivas de futuro. Se espera que el resultado sea un nuevo nivel de compromiso político para hacer lo que es factible en favor de la infancia de los años noventa.

Como ya está sucediendo, la Cumbre Mundial proporcionará también una oportunidad a todo tipo de organizaciones — ya sean religiosas, políticas, educativas, sanitarias, comerciales, laborales, asociaciones profesionales, medios de comunicación, artísticas, recreativas, comunitarias y de voluntarios — para movilizar el apoyo popular a una nueva inversión en favor de la infancia y el mundo del mañana.

### El principio de "máxima prioridad"

En el corazón de la Cumbre Mundial en favor de la Infancia se sitúa el principio de "máxima prioridad" para la infancia, un principio tan importante que, según el UNICEF, debería conformar la naturaleza del progreso de todos los países del mundo en la década de 1990 y siguientes. En esencia, este principio consiste en conceder prioridad a la protección de la vida y el desarrollo físico y mental de la infancia en el orden de preocupaciones y en la asignación de las capacidades sociales, y que este compromiso debe mantenerse, en la fortuna y en la adversidad. La aceptación de este principio no debe depender de si un niño sobrevive o no, si está bien o mal nutrido, si está o no inmunizado, si va o no a la escuela; tampoco debe depender de si las tasas de interés son altas o bajas, si los precios suben o bajan, de qué partido concreto ocupe el poder, de si la economía está bien o mal administrada, de si un país está o no en guerra, ni de ningún otro altibajo en las interminables oscilaciones de la vida política y económica del moderno estado nacional.

Nada demuestra con tanta claridad la necesidad de este principio como el daño que ha infligido a la infancia la crisis de endeudamiento de los últimos años. En las regiones más pobres del mundo, los recortes en los gastos públicos y la caída de los ingresos familiares han supuesto un incremento de la mortalidad y de la desnutrición infantiles, y el cierre de numerosas escuelas y centros de salud. Como resultado de ello, los niños más pobres y vulnerables han sido los más expuestos al azote de la deuda y de la recesión. Esto es exactamente lo contrario del principio de "máxima prioridad".

Nadie que sea consciente de este hecho puede dejar de preocuparse en estos momentos por los niños de la Unión Soviética y de los países del Este de Europa cuando sus sociedades están entrando en un período de turbulencia, e impredecibles dificultades sociales como consecuencia de la reestructuración económica. La experiencia del mundo en desarrollo es una triste advertencia e indica que las condiciones de supervivencia, salud, nutrición, desarrollo y escolarización de la infancia deben ser rigurosamente vigiladas cuando se producen alzas de precios, escasez y recortes en los servicios sociales.

Este mismo principio se aplica a los numerosos países en desarrollo de Asia que han conseguido un avance económico sostenido en los últimos años. Con frecuencia, no se ha producido un avance social equivalente para las familias sociales más pobres y sus hijos. Más

## Darles un futuro a los niños

de la mitad de los niños fallecidos al año, o que se encuentran desnutridos, sin inmunizar, o sin escolarizar, pertenecen a la región de Asia meridional.

Finalmente, el principio de "máxima prioridad" también tiene vigencia en los países industrializados. Por ejemplo, en los Estados Unidos y en el Reino Unido, en la última década se ha duplicado el número de familias sin hogar a pesar del crecimiento económico sostenido. Y mientras se producía el lento deterioro de las redes de seguridad de los servicios sociales, el número de niños que viven en condiciones de pobreza en los Estados Unidos se ha incrementado en tres millones, pasando del 11% de la población infantil en 1979 a una proporción superior al 15% en la actualidad.

En resumen, el principio de "máxima prioridad" tiene una aplicación universal. Cualquiera que sea el país o la causa que se pretenda, ha llegado el momento de proteger a la infancia, tanto como sea humanamente posible, de los errores, excesos y vicisitudes del mundo de los adultos.

### Oportunidades concretas

Por importante que sea la dimensión ética del principio de "máxima prioridad", el desafío real de la primera Cumbre Mundial en favor de la Infancia es traducir este principio en objetivos concretos accesibles y factibles en la presente década.

A la hora de seleccionar estos objetivos entre los numerosos y diversos problemas que afectan al mundo de la infancia, el UNICEF comienza por señalar el hecho de que 100 millones de niños perderán la vida en los años 1990 y que muchos millones más sobrevivirán en condiciones casi permanentes de desnutrición y mala salud.

Las causas de estas muertes pueden contarse con los dedos de una mano: deshidratación (causada por la diarrea), neumonía, sarampión, tétanos neonatal y tosferina. Estas cinco enfermedades comunes, todas ellas fácilmente prevenibles y tratables a un costo muy bajo, serán responsables de casi la mitad de todas las muertes infantiles y de los casos de desnutrición infantil de la próxima década.

Las vacunas de bajo costo, la terapia de rehidratación oral y los antibióticos podrían prevenir gran parte de esta matanza silenciosa. Ha llegado sobradamente la hora de poner estos avances científicos básicos al alcance de toda la familia humana, en lugar de restringir su acceso sólo a una minoría en los países industrializados. La vacunación completa de un niño cuesta menos de 1,5 dólares. Las bolsas de sales de rehidratación oral cuestan unos 10 centavos de dólar por unidad. Un tratamiento con antibióticos cuesta aproximadamente un dólar. Incluso el viejo azote de la desnutrición puede ser reducido de forma drástica a un coste financiero inferior a 10 dólares por niño y año. En conjunto, los conocimientos actuales sobre cuestiones tales como la inmunización, la deshidratación, la lactancia materna, el destete, la promoción y vigilancia del crecimiento infantil, las infecciones respiratorias, el espaciamiento de los nacimientos, la maternidad sin riesgo, el paludismo y la prevención de las enfermedades comunes permiten construir, a un costo asumible, una barrera protectora del crecimiento físico y mental de los niños en la década de 1990.

No es sólo de una cuestión de dinero y tecnología. Se trata también de una cuestión de sistemas de distribución y de infraestructura, de gestión y de formación, y de la utilización de todos los canales de comunicación posibles para informar y ayudar a los padres a aplicar los conocimientos actuales. En una perspectiva global, los costos adicionales — incluida la distribución — de un programa destinado a prevenir la mayor parte de la mortalidad y la desnutrición infantiles en el curso de la próxima década podrían llegar a sumar unos 2.500 millones de dólares anuales a finales de los años noventa.

Dos mil quinientos millones de dólares es una suma considerable. Para dar unas referencias comparativas, esta cifra equivale al 1% del gasto anual en armamento del mundo pobre. Es equivalente a lo que se ha venido gastando mensualmente en vodka en la Unión Soviética. Es equivalente al gasto anual en publicidad de las compañías tabaqueras estadounidenses. Equivale al 10% de los subsidios anuales percibidos por los agricultores de la Comunidad Económica Europea. Es equivalente al gasto militar mundial diario.

## Darles un futuro a los niños

Al margen de otras posibles razones, y por difícil que pueda llegar a ser el clima económico en la presente década, es imposible aceptar ni por un instante la idea de que el mundo no puede permitirse el gasto necesario para prevenir la muerte y la desnutrición de tantos millones de niños.

En consecuencia, el déficit no es primordialmente de tecnología o de recursos financieros, ni de capacidad de cobertura. Lo que falta es la plena conciencia de que es posible llevar a cabo esta tarea y la decisión de movilizar todos los recursos disponibles con este fin.

Es este déficit el que la Cumbre Mundial en favor de la Infancia, una oportunidad única, puede ayudar a cubrir. La realización de la capacidad potencial actual para salvar la vida de más de 50 millones de niños en la próxima década y proteger la salud nutricional y el crecimiento normal de muchos millones más depende, por encima de todo, del compromiso político de conceder a estos niños la máxima prioridad en nuestras preocupaciones y en la asignación de recursos sociales.

Finalmente, la Cumbre Mundial podrá conceder una nueva dimensión política a la recientemente firmada Convención sobre los Derechos del Niño. Como muchos documentos históricos análogos, la Convención expresa un ideal que muy pocos países, o tal vez ninguno, ha alcanzado aún. La Convención se propone establecer unas normas universales mínimas en favor de la supervivencia, la salud y la educación infantiles y de protección de los niños reclutados a la fuerza en los conflictos bélicos, forzados a vivir en los campos de refugiados, abandonados y obligados a valerse por sí mismos en las calles de las ciudades, explotados en el trabajo o en el hogar, objeto de abusos físicos o sexuales y apresados por la adicción a las drogas, el crimen o la prostitución. Pero a medida que un número creciente de países ratifiquen su texto e incorporen sus disposiciones a la legislación nacional y se amplíe el interés de los medios de comunicación y del público por la vigilancia de su cumplimiento, la Convención puede llegar a definir unas normas cuya inobservancia constituirá una vergüenza para cualquier país civilizado, sea rico o pobre.

### Objetivos nanarilos

En términos más amplios, los niños de los años noventa contemplarán la Cumbre Mundial como un compromiso renovado en favor de la consecución de grandes objetivos largamente perseguidos: una nutrición adecuada, abastecimiento de agua potable, saneamiento eficaz, atención primaria de salud y educación básica para todos (niños y niñas) en la presente década. En cada uno de estos campos se han producido, avances prácticos de bajo costo que pueden acelerar el progreso, incluso en el difícil clima económico heredado en los años ochenta.

Pero el progreso en todos estos frentes no será posible sin un incremento significativo en los recursos financieros. A medida que nos adentramos en los años noventa, las dos fuentes potenciales más importantes para aportar estos recursos financieros adicionales son claramente la reducción de los gastos militares y del servicio de la deuda externa. En el momento actual la deuda del mundo en desarrollo, incluidos los pagos de intereses, excede a sus gastos militares, con un total de 175.000 millones anuales, es decir más de tres veces de lo que recibe en concepto de ayuda.

Otra fuente importante de financiación para un "desarrollo real" consistiría en un cambio de prioridades en favor de servicios básicos de bajo costo, la atención primaria de salud, la educación primaria y subsidios de alimentación claramente focalizados en los grupos más vulnerables. Pero sigue siendo cierto que muchos países se ven limitados políticamente para llevar a cabo esta reestructuración con unos recursos decrecientes. Es aquí donde la ayuda exterior podría jugar un papel cada vez más importante en los años noventa. La severidad del proceso de ajuste económico, sus riesgos políticos y sus consecuencias ambientales no han pasado totalmente desapercibidas para los países donantes, y existe una disposición favorable en muchos sectores para facilitar la transición hacia un mayor crecimiento económico y la protección de la población más pobre. Ha llegado el momento para los países en desarrollo de analizar qué tipo de reestructuración interna es posible realizar en favor de los pobres con sus propios recursos y de trazar planes sensatos para el mantenimiento y la expansión de la educación primaria, de la atención básica de salud, de los programas de nutrición y de las medidas de protección ambiental.

## Darles un futuro a los niños

Tales planes podrían formar las bases para una reorientación e incremento de la ayuda externa y de los esfuerzos de inversión en la presente década.

Si los países en desarrollo, ya sea individualmente o en grupos regionales, alcanzaran un compromiso político para combatir decididamente los peores aspectos de la pobreza absoluta en un período de tiempo determinado, sería posible concebir un pacto consensuado entre grupos de países donantes y países en desarrollo con el propósito específico de avanzar hacia fines compartidos, entre los cuales podrían contarse la educación primaria universal, servicios de abastecimiento de agua y saneamiento de bajo costo, la reducción a la mitad de la desnutrición infantil, la reducción de la incidencia del sarampión y del tétanos neonatal, junto a otros avances importantes igualmente factibles.

## Hagamos lo evidente

La apertura de la trampa de la deuda, la reanudación de las inversiones productivas, la liberalización del comercio internacional, la compensación por la caída de los precios de los productos básicos, y el incremento de los niveles de ayuda constituyen los requisitos fundamentales para revertir las desastrosas tendencias de los años ochenta y para promover el avance hacia los grandes fines materiales de la alimentación adecuada, la atención de salud y la educación para todos.

Ahora bien, en los inicios de la década de 1990, es importante empezar a avanzar hacia estos grandes fines dando los primeros pasos más evidentes. Algunos de los mayores avances en la salud humana de toda la historia están ya a nuestro alcance en términos prácticos y factibles. Podemos controlar las afecciones diarreicas, que todavía constituyen la principal causa de enfermedad, de desnutrición y de mortalidad infantil en todo el mundo; podemos reducir en una gran proporción las enfermedades inmunoprevenibles, en especial el tétanos y el sarampión, que causan la muerte de más de dos millones de niños cada año; podemos erradicar la poliomielitis, que en la actualidad deja discapacitados a un cuarto de millón de niños anualmente; podemos reducir al menos a la mitad la desnutrición infantil, que socava el crecimiento de 150 millones de niños menores de cinco años. Asimismo, podríamos mejorar drásticamente la mala salud de muchos millones de mujeres si éstas pudieran tener el derecho, los conocimientos y los medios de elegir el número de hijos que desean tener y cuándo.

La consecución de estos fines no depende ya de posibilidades físicas o financieras. Se trata de una cuestión de prioridad política.

El primer paso hacia este compromiso, tanto en el mundo industrializado como en desarrollo, consistiría en tomar la decisión de convertir los años noventa en una década en que nos propongamos hacer lo evidente. Está en nuestras manos poner fin a la mortalidad infantil, a los abusos sobre la infancia y a las enfermedades y desnutrición infantiles en la escala actual cuyas consecuencias mutilan el rostro de nuestra civilización. Asimismo, está dentro de nuestra capacidad asegurar que cada niño tenga una escuela donde ir, un agente de salud que le atienda y una dieta alimenticia suficiente que le permita alcanzar un desarrollo normal, tanto físico como mental.

Desde la más amplia perspectiva de nuestro futuro común, la consecución de un desarrollo físico y mental saludable de la infancia es la más importante inversión que podemos realizar para un desarrollo social y económico saludable de nuestras sociedades. Por tanto, todo lo que ahora puede hacerse para conseguir este objetivo es una cuestión que merece la máxima prioridad en la agenda de los líderes políticos, los medios de comunicación y de la opinión pública de todo el mundo, cuando entramos en la última década del siglo XX.